

un descubrimiento original al determinar el agente científico que causaba la enfermedad. En la fisiología se analizaron los mecanismos de adaptación del ser humano en los andes (los estudios más importantes del “mal de altura” los realizó el doctor Carlos Monge Medrano). Pero todos estos logros no se podrían entender sin mencionar la influencia del positivismo en el ambiente intelectual de la época. Según esta corriente para unificar la sociedad y desarrollar la economía, era necesario conocer los recursos con los que contaba el país: había que valorar la ciencia como una fuente de progreso y conocimiento práctico y fomentar la investigación. Pero este discurso pocas veces se materializó en un esfuerzo persistente.

En síntesis, el libro de Cueto es un esfuerzo bien documentado y apoyado por un sólido manejo teórico que definitivamente ha sentado las bases para la renovación de nuestra historiografía en el tema de la investigación científica. Siguiendo las páginas del texto se refuerza la idea que la labor científica y tecnológica es el medio más eficaz para acelerar nuestro desarrollo e impedir que se establezca la miseria. Y si bien últimamente se han logrado avances, en muchos casos fueron gracias al esfuerzo individual y heroico de unos pocos. Se requiere un ambiente propicio y la contribución de cientos de personas que se dediquen a la investigación como actividad normal.

*Juan L. Orrego P.*

ROBINSON, David J. (ed.), *Migration in colonial Spanish America*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990, XVII, 399 p. ISBN 0521-36281-4 (Cambridge Studies in Historical Geography, v. 16).

Como lo ha hecho evidente la investigación en las últimas décadas, las migraciones internas significan un componente básico para interpretar la realidad socio-económica de Hispanoamérica durante el período colonial. Especialmente entre la población indígena, la migración constituyó un mecanismo de respuesta a la imposición del dominio español; fue un medio de supervivencia que brindó a los nativos el acceso a recursos materiales y oportunidades de trabajo que no existían en sus comunidades de origen. Muchas son las causas que impulsaron el fenómeno migratorio (ya sea forzado o voluntario): por ejemplo, los procesos de congregación y reducción de los indios, la mita en las minas y ciudades, la atracción de los centros urbanos, las oportunidades educativas, la relación con las autoridades políticas, las bonanzas de explotación minera, la labor en tierras de cultivo y obrajes, la huida del sistema de tributación y mita, las epidemias y los desastres naturales.

De los ensayos reunidos en este nuevo libro surge la imagen de una Hispanoamérica envuelta en continuo flujo, por la movilidad espacial y las transformaciones sociales de sus habitantes.

Autor del prefacio y la introducción es David J. Robinson, profesor de geografía latinoamericana en la Universidad de Syracuse (Nueva York). En esta obra ha compilado 14 estudios de diferentes investigadores, muchos de ellos provenientes de un simposio sobre la temática migracional que tuvo lugar en Syracuse en 1986. Los estudios tratan de la migración en el Perú colonial (Noble David Cook), los procesos migratorios en el Alto Perú durante el siglo XVII (Brian Evans), los trabajadores “forasteros” en la ciudad del Cuzco (Ann Wightman), la manipulación de las migraciones indígenas en la audiencia de Quito (Karen Powers), la migración de estudiantes hacia Guadalajara y Lima (Carmen Castañeda), yanaconas y forasteros en la región fronteriza de Pilaya y Paspaya (Ann Zulawski), la atracción migratoria de los grandes centros urbanos de Nueva España (John Kicza), la procedencia de las novicias del convento de San Francisco de México (Elsa Malvido), migración y movilidad social en los asientos mineros de Nueva Vizcaya (Michael M. Swann), patrones de asentamiento y matrimonio en el pueblo de Parral (Robert McCaa), fugitivos y residentes informales en la intendencia de Chiapas (Rodney Watson), el proceso de congregación de los indios en Guatemala (George Lovell y William R. Swezey), migración y asentamientos en Costa Rica de 1700 a 1850 (Héctor Pérez Brignoli) y movimientos de población aborígen en la región venezolana de Mérida (Edda O. Samudio).

Todos los estudios relativos al área andina —en los cuales se centra esta reseña— toman como punto de partida un trabajo pionero de Mella (1970), que destacó la importancia de las migraciones dentro del virreinato del Perú. Cook hace una revisión de los avances que se han logrado en la materia, propone una tipología de migraciones y migrantes, y sugiere temas para investigaciones futuras. Identifica como principales focos de atracción de los migrantes durante la época virreinal a las plantaciones agrícolas de la costa, los centros administrativos hispánicos, los asientos mineros, las haciendas de la sierra, los núcleos de comercio y comunicación y la región de montaña en los Andes orientales, frecuentada por quienes deseaban apartarse del sistema. También observa, con todo acierto, que esos movimientos de redistribución poblacional eran habituales en la civilización andina incluso desde antes del Imperio incaico.

Evans ofrece un valioso análisis de la numeración general del virrey Palata, practicada en 1683/86 en las comarcas del Alto Perú. En comparación

con la visita general de Toledo, efectuada más de cien años antes, las cifras revelan que la población autóctona no cayó, sino se mantuvo estable. Lo que ocurrió durante la centuria intermedia —el “largo siglo XVII”, época madura del coloniaje— fue una radical recomposición de los ayllus, con las siguientes características: a) las provincias vinculadas a la mita de Potosí disminuyeron de volumen en beneficio de las provincias exentas de dicha carga; b) la población realizó un movimiento general hacia el sur, explicable por el hecho de que numerosos mitayos permanecieron en el área de Potosí; c) hubo la tendencia a desplazarse del altiplano hacia las tierras bajas o yungas. El dato patente es que un 66% de los tributarios censados por la numeración general en aquella región pertenecían a las categorías de “no originarios”.

La investigación de Wightman reposa en más de 1,150 *conciertos de trabajo*, ubicados también en la época de madurez del coloniaje, que regían las labores de arrieros, servidores domésticos, artesanos y peones agrícolas establecidos en la ciudad del Cuzco. Se comprueba que la mayoría de estos trabajadores asalariados eran “forasteros”, o sea inmigrantes procedentes de pueblos cercanos de la sierra, quienes según el censo del Cuzco de 1690 formaban casi el 40% de la población indígena urbana. Lo más importante de la mano de obra forastera radica en estos dos aspectos: su participación directa en el mercado laboral, que alteró las relaciones de producción preexistentes, y la creación de vínculos sociales definidos ante todo por la ocupación laboral, desdeñando los tradicionales lazos de parentesco. Así habría cristalizado, en opinión de la citada autora, la transformación de esos migrantes urbanos en *clase*, en lugar de casta.

En su estudio dedicado a la audiencia de Quito, Powers repara en los factores que estimularon la salida de los tributarios fuera de sus comunidades. Incentivos como la exención del trabajo forzado, menor exigencia de tributos, relativa disponibilidad de tierras, mayores salarios y mejores condiciones de trabajo, pusieron en marcha a los nativos quiteños desde muy tempranas décadas de la colonización ibérica. Pero este fenómeno migratorio sufrió casi en seguida la manipulación de diversos grupos de poder en la zona. Los agentes de la Corona dieron el primer paso creando en los años de 1590 las parcialidades de indios “vagamundos”, beneficiados con la liberación de la mita y otras ventajas; dirigentes indígenas, caciques, funcionarios provinciales y dueños de obrajes se integraron después a la partida, enfrentándose en maquinaciones —aquí tratadas con detalle— para explotar en su provecho la fuerza laboral de los migrantes.

Castañeda, en un enfoque comparativo, examina las listas de estudiantes matriculados en el Colegio Seminario de San José de Guadalajara y en el Colegio de San Martín de Lima, regentado por los jesuitas. Ambos casos revelan el poder de atracción que ejercían los centros de enseñanza entre los jóvenes criollos. Los alumnos del colegio jesuítico de Lima venían mayormente de la propia capital y de otras ciudades del virreinato como Arequipa, Cuzco, Ica, Saña, pero también había varios procedentes de Charcas, Chile, Quito, Nueva Granada y aun México.

En líneas generales, el libro se beneficia con la perspectiva multidisciplinaria —historia, geografía, antropología— y la rigurosidad aplicada en estas investigaciones sobre problemas concretos de la migración en Hispanoamérica. Los textos se complementan con un centenar de tablas estadísticas, gráficos, diagramas y mapas, todos excelentemente presentados. Sin embargo, hay una cierta desactualidad en las notas bibliográficas, motivada por el hecho de haberse redactado los originales algunos años antes de su publicación. Por ejemplo, se citan como inéditas las disertaciones ya publicadas de Cole sobre la mita de Potosí (1985) y de Tyrer sobre los obreros de Quito (1988), al igual que los artículos ya editados de Sánchez Albornoz sobre mita, migraciones y pueblos en el Alto Perú (1983) y de Cook sobre mitayos, mingas y forasteros en el Perú (1989).

Volvamos finalmente a la introducción de David J. Robinson, que trata de diseñar una tipología general de las migraciones en Hispanoamérica colonial. Toma en consideración las tres coordenadas fundamentales de espacio, tiempo y persona, y reseña las metodologías de investigación que se han usado para analizar el fenómeno migratorio, bien sea acentuando las circunstancias socioeconómicas del problema, los destinos y objetivos del desplazamiento o las experiencias individuales de migrantes concretos. De aquí infiere, con razón, que se ha progresado bastante en el micro-nivel de individuos y familias, así como en el meso-nivel de comunidades y regiones. Quizá pronto haya oportunidad de avanzar hasta el macro-nivel de comparaciones interregionales y estudios globales sobre el impacto de las masivas redistribuciones de población en el Nuevo Mundo, a partir de la conquista española.

*Teodoro Hampe Martínez*